

Iztapalapa. Corporación religiosa de un pueblo chinampero (1971-1972)¹

Carlos García Mora*

Este artículo etnográfico versa acerca de la corporación religiosa del pueblo de Iztapalapa, antiguo poblado campesino absorbido por el área metropolitana de la Ciudad de México con una persistente organización comunitaria, pese al proceso de urbanización creciente en la región en la década de 1970, cuando quien esto escribe lo visitó.² El pueblo es cabecera de la alcaldía política del mismo nombre, la cual se encuentra en la que fue la ribera sur del lago de la cuenca México, al pie de la ladera norte del cerro de la Estrella.³ Antiguamente en este lugar hubo un asentamiento campesino dedicado al cultivo agrícola en chinampas, como en las zonas vecinas de Tláhuac, Xochimilco e Iztacalco, cuya producción excedente era enviada por la vía fluvial a la ciudad, de la cual se hallaba a sólo 5.6 km de distancia.⁴

Todavía en 1933, en el pequeño lago de Santa Martha se practicaba la caza de patos, apipizcas, gallinas de agua, gansos, agachones, gallaretas y otras aves mediante el sistema denominado “de armadas”. Además, en la zona se producían cereal, hortalizas, pastura y flores (Sáenz, 1933: 290). El carácter agrícola persistió hasta muy entrada la primera mitad del siglo xx, pese a su cercanía con la metrópoli capitalina. Aún en 1950 era una zona productora de maíz de temporal, alfalfa verde y frijol (Aceves, 1966).⁵

* Dirección de Etnohistoria, INAH (wantakwa@gmail.com).

1. Versión corregida del artículo publicado en García Mora (1974), aumentada con fotografías históricas inéditas tomadas hace más de 40 años (ca. 1972). Este texto se elaboró con datos obtenidos durante visitas exploratorias de Efraín Cortés Ruiz y el autor a Iztapalapa en la cuenca de México entre 1971 y 1972, comisionados por la Subdirección General del INAH, entonces a cargo del antropólogo Fernando Cámara Barbachano (†). El autor agradece a la antropóloga Margarita Nolasco Armas (†) las facilidades prestadas en el Departamento de Etnología y Antropología Social del INAH para redactar los apuntes utilizados en la preparación de este trabajo, a la colega Catalina Rodríguez Lazcano por su ayuda durante las últimas visitas y a Patricia Peña Haaz, quien nos acompañó un par de veces y tomó varias de las citadas fotografías. Sobre todo, quien esto escribe guarda deuda con los iztapalapenses que les brindaron su hospitalidad y confianza y les comunicaron la tradición oral de su pueblo, ya entonces seriamente amenazado de extinción.

2. Véanse los detalles acerca de dichas visitas en García Mora (2003).

3. Entonces la alcaldía, antes “delegación”, comprendía las subdelegaciones de Aculco, Culhuacán, Iztapalapa, La Magdalena Atlazolpa, Los Reyes, San Andrés Tetepilco, San Andrés Tomatlán, San Lorenzo Tezonco, Santa Cruz Meyehualco, Santa María Aztahuacán y Santiago Acalhualtepec, las cuales incluían a su vez numerosas comunidades.

4. Véase una descripción de la zona en Domínguez (1946) y otra, del siglo xvi —cuando irrumpieron los conquistadores españoles— en Rojas (1974: 33-44).

5. Una descripción de la economía agrícola de Iztapalapa en 1957 se puede consultar en Eckstein (1974).



Mujeres en un acto de culto. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).

Aunque más tarde la base económica de su población fue dejando de ser la agricultura, ésta se practicó hasta muy entrada la segunda mitad de ese siglo, cuando se expropiaron sus chinamperías para edificar allí la enorme Central de Abastos, lo cual fue el tiro de gracia de la vida agrícola que, acompañando de transformaciones irreversibles, puso en peligro la existencia misma del pueblo como tal.⁶

Por eso la zona fue escenario de grandes cambios tanto en el ámbito ecológico como en el económico, el demográfico y el social. Una causa inmediata de lo anterior fue el proceso incontenible y creciente de urbanización del área metropolitana, cuyo avance absorbió las antiguas comunidades agrícolas del Distrito Federal. Pese a todo persistieron en Iztapalapa —como en varias comunidades al sur de la cuenca de México— pautas de vida propias de poblados campesinos.⁷

Tanto o más que una supervivencia de rasgos mesoamericanos, estos poblados mostraron una herencia de la época novohispana, cuando fueron repúblicas de naturales de habla náhuatl, a su vez

6. Véase la nota periodística en Ramírez (1972).

7. Algunos ejemplos conocidos en la Ciudad de México son los pueblos de Milpa Alta (Zantwijk, 1960), Mixquic (Ochoa, 1972), Culhuacán (Herman, 1972), Los Reyes Quiahuac (Aguilar, s.f.) y la propia zona de Iztapalapa-Iztacalco (Nolasco, 1969). Una comunidad anclada en la zona urbana y hoy desaparecida fue Tlacoquemécatl (Gorbea, 1962). Estudios sobre la integración de las comunidades agrarias de la Ciudad de México a la zona urbana han sido realizados por Alicia Eguluz de Antuñano, del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, e investigaciones de antropología urbana en la alcaldía de Iztapalapa fueron realizadas por el Departameno de Etnología y Antropología Social del INAH (Nolasco, 1973: 21-22).

sujetas a transformaciones paulatinas y violentas experimentadas durante la agitada historia de la cuenca de México. Debido a esto las pautas rurales de comportamiento propias de la sociedad campesina, organizada en repúblicas nahuas con su respectivo gobierno, generaron una tradición rural que, al recoger la herencia antigua, se adaptó a la sociedad novohispana. Pese a las alteraciones experimentadas, tal tradición continuó rigiendo la vida de poblados como Iztapalapa. Así, por ejemplo, en la primera mitad del siglo xx los fiscales —viejos cargos de la extinta república nahua— todavía administraban el templo parroquial y su curato, aunque luego desaparecieron y dejaron esa tarea al párroco.

En efecto, Iztapalapa —como el vecino Iztacalco— fue una comunidad rural hasta 1950; a partir de ese año fue absorbida poco a poco por la metrópoli tanto física como funcionalmente. Sin embargo, eso no logró borrar del todo los patrones rurales del pueblo, como el funcionamiento de su vieja corporación religiosa y su respectivo conjunto de encargados. La transformación de su economía agrícola en otra basada en actividades relacionadas con la industria, el comercio y los servicios se hizo a tal ritmo que Iztapalapa no tuvo tiempo de abandonar su cultura campesina para adoptar la urbana. Este fenómeno fue calificado como una ruralización del proceso de urbanización (Nolasco, 1969).

En la segunda mitad del siglo xx la zona se convirtió en un sector urbano cuyo explosivo proceso demográfico superó al económico y al social, y conllevó problemas de sociopatología urbana. La magnitud del cambio demográfico fue notable; baste saber que en 1930 Iztapalapa era un pueblo cabecera de 7 821 habitantes, rodeado de los pueblos Culhuacán, San Lorenzo Tezonzo, Santa Martha, Santa Cruz Meyehualco, San Juanico, Santiago Acahualtepec, Mexicaltzingo, Aculco y Magdalena Atlazalpa, cuyos habitantes sumaban en total otras 8 493 personas (Sáenz, 1933: 297-298). Posteriormente, la alcaldía Iztapalapa alcanzó un total de 254 355 habitantes en 1960, y 522 095 en 1970; es decir, duplicó su población en sólo una década debido en gran medida a la masa de población inmigrante que llegó allí para formar colonias nuevas (Bataillon, 1968: 19; Peña, 1971: 107).

A esto habría que agregar el hecho de que su modernización se fomentó desde el exterior en perjuicio de la vida tradicional local, un proceso que llevó implícita la imposición de relaciones desiguales entre los miembros de la comunidad y el sistema político metropolitano. Lo anterior se debió a que, en general, la modernización ha consistido de manera esencial en el cierre de la brecha entre la ciudad y el campo mediante la urbanización y la reintegración de la organización gubernamental que pone al campesinado bajo la administración de elites urbanas (Murherjee, 1996: 4). Además de las innovaciones culturales, esto vino acompañado de otras de carácter social, determinadas por el sistema de relaciones entonces dominante en México, el cual implicó el desarrollo acelerado de un segmento de la población a costa del estancamiento y el empobrecimiento de la mayoría de los habitantes (Bonfil, 1973: 289).

De ahí las contradicciones que ocurrieron durante el proceso de urbanización, el cual produjo cierta resistencia en algunas comunidades como Iztapalapa, donde una parte de los pobladores sostuvo ciertos rasgos de su vieja vida tradicional hasta la actualidad. Por eso la vida religiosa y las manifestaciones más visibles del culto religioso en Iztapalapa muestran esa supervivencia de algunos aspectos propios del campesinado mexicano en algunos pueblos de la cuenca de México.



Traslado de un objeto de culto. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).

La vida religiosa de Iztapalapa

Formalmente, Iztapalapa era un pueblo católico cuya religión se combinaba con la organización comunitaria del culto, conformando así un catolicismo popular propio de la región.⁸ Al parecer, a partir de 1883 la representación anual de la Pasión y muerte de Jesús ha estado presente entre las manifestaciones más espectaculares de ese culto (Anónimo, 1964). En los primeros años de la década de 1970 esta representación seguía llevándose a cabo. El autor de este artículo constató la asistencia de verdaderas multitudes que de manera literal invadían la población, atraídas por la fama de esos eventos, incluso fomentados por transmisiones de televisión, pero que se llevaban a cabo con un sincero fervor local.

Otra expresión religiosa menos espectacular, pero igualmente conocida, era el culto en el lugar a una imagen carismática de un Jesús yacente, llamada el Señor de la Cueva, cuya devoción data del siglo XVIII, conocida así porque se trata de una especie de Santo Entierro dentro de una cueva natural. Esta imagen se convirtió en el centro del culto local a raíz de la milagrosa salvación de la población durante una epidemia de cólera en la primera mitad del siglo XIX, de acuerdo con una tradición oral local.

8. En 1960, se declararon católicas 246 280 personas en la alcaldía de Iztapalapa, mientras que sólo 6 745 dijeron profesar otra religión; 1 021 no profesaban ninguna y de 309 se ignoraba su credo religioso (Arzobispado de México, 1969).

Si bien estas expresiones eran las más conocidas afuera de la población, para el propósito de estas líneas resulta particularmente interesante el conocimiento de la existencia de una corporación social y religiosa de los ocho barrios del pueblo, ejemplo claro de la persistencia de patrones rurales. Igual de ilustrativo era el funcionamiento de sociedades de maestros floricultores con fines de culto. Véanse ambos aspectos.

Los barrios

Tradicionalmente, Iztapalapa se dividía en dos “mitades” o “medios pueblos”: Atlalilco (o Cuatlalilco) e Izomulco (o Sosomulco). A su vez, Atlalilco comprendía los barrios de San Lucas, Santa Bárbara y San Ignacio, mientras que en Izomulco se agrupaban los barrios de La Asunción, San José, San Pedro, San Pablo y San Miguel. Los habitantes de cada uno de estos barrios eran llamados por un mote, cuyo origen y significado sería interesante averiguar: los de San Miguel eran conocidos como *los Apaches*; los de San José, como *los Rojos*; los de San Ignacio, como *los Achicatales*; los de San Pedro, como *los Burros*, etcétera.

En la década de 1970 estos dos medios pueblos congregaban durante el culto religioso a los ocho barrios mencionados para la festividad de san Lucas, el Evangelista, que es el santo patrón de Iztapalapa, así como para la del Señor de la Cueva, además de servir como unidades organizativas para llevar a cabo una peregrinación anual a la basílica de Santa María de Guadalupe.

El origen de esta división se explicaba a partir de una tradición oral del lugar, según la cual el pueblo se integró en sus inicios por habitantes agrupados de manera fundamental en dos grandes conjuntos parentales, tal vez auténticos linajes: el de las familias cuyos miembros se dedicaban a la caza y la pesca lacustre, llamados “los tiradores”, y el de las familias que trabajaban en el cultivo de las chinamperías, llamadas “las verduleras”. Estas agrupaciones conformaban unidades sociales y de culto por separado, pero se unían para preparar y celebrar los eventos comunes del ciclo anual de festividades religiosas.⁹

En el siglo xx, cada uno de los barrios en una y otra mitad contaba con su propia organización interna, sus respectivas capillas comunales y sus propios centros de culto. Además, cada barrio sostenía su ciclo festivo mediante un sistema interno de cargos religiosos y comisiones supervisadas por una mesa directiva y el grupo local de “señores”. Estos últimos eran denominados así por tratarse de los hombres maduros o viejos que habían desempeñado ya una cadena de cargos y servicios al barrio. Ellos eran respetados por la “juventud”, como se llamaba a los hombres solteros o casados apenas iniciados en el desempeño y el cumplimiento de servicios y obligaciones.

A su vez, cada barrio mantenía relaciones con barrios hermanos y concurría a la organización del medio pueblo al que pertenecía, y a su turno a la del pueblo entero, celebrando las fiestas co-

9. Esta explicación se basa en una versión de la tradición oral; otras versiones e interpretaciones son diferentes.



Oratorio familiar con la imagen de la Virgen de Guadalupe. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Oratorio familiar con la imagen de Cristo. **Fotografía** @ Patricia Peña Haaz (ca. 1972).

munas a todo Iztapalapa. Además, con frecuencia mantenían contactos e intercambios con otras instituciones y pueblos vecinos, así como un calendario anual de peregrinaciones a varios santuarios regionales donde cumplían obligaciones de culto.

Algunos de esos santuarios eran los del Señor de Tepalcingo, del Cristo de Totolapa y de la Virgen de la Natividad de Tlaltenango, en el estado de Morelos; los del Señor de Chalma, de la Virgen de la Asunción de Tenancingo, de la Virgen del Rosario de Chimalhuacán y de la Señora de los Remedios, en el Estado de México; y el de Santa María de Guadalupe, en la Ciudad de México. Incluso Iztapalapa mantenía mayordomías “de portada” para sufragar el costo de la elaboración e instalación de portadas florales en esos santuarios.

Barrio San Ignacio de Loyola

Una muestra de cómo se organizaban las unidades integrantes del sistema comunitario iztapalapense era el barrio San Ignacio de Loyola. Localizado entre el callejón Palacio, las calles Anaya y 5 de Mayo y las chinamperías, este barrio constituía, junto con los de Santa Bárbara y San Lucas, el medio pueblo de Atlalilco. En San Ignacio continuaba la influencia de las ligas de parentesco con que se regulaba la participación en la vida religiosa del barrio. Las familias se agrupaban por calles en los lotes ocupados por éstas desde varias generaciones atrás. Tal era el caso de la calle y callejones de Pachicalco, donde



Altar con la pintura novohispana de san Ignacio de Loyola, patrón del barrio del mismo nombre en Iztapalapa. **Fotografía** @ CCM (ca. 1972).

los González participaban de una u otra manera en las actividades religiosas. Quizá por eso, en la organización interna del barrio éste se tendía a dividir en calles.

En las viviendas era posible encontrarse con imágenes —de adquisición reciente o de origen remoto— que ocupaban toda una habitación, prácticamente convertida en un adoratorio familiar, donde en ocasiones acudían los vecinos. Ése era el caso de un lienzo de la Virgen de Guadalupe de supuesto origen novohispano, custodiado por una familia desde su extracción de la parroquia de Iztapalapa, quizá durante la llamada persecución religiosa o durante algún otro periodo especialmente violento de las primeras décadas del siglo xx.

Con todo, el centro del culto del barrio era su capilla, consagrada a san Ignacio de Loyola, su santo patrón, considerado por los habitantes como “muy castigador”, ya que tomó represalias contra



Interior de la capilla de San Ignacio de Loyola en el barrio de San Ignacio, en Iztapalapa. **Fotografía** @ CGM (ca. 1972).

quienes se negaban a servirlo. Incluso se hablaba de la muerte violenta de alguno de ellos. La capilla estaba a cargo de una mesa directiva o Comisión de Festividad y Mejoras de la Capilla de San Ignacio, constituida por un presidente y vicepresidente como miembros permanentes, además de varios vocales como miembros eventuales, quienes representaban a las familias de cada una de las diferentes calles del barrio. Todos aquellos que deseaban solicitar la mayordomía de san Ignacio lo hacían ante esa comisión.

La mayordomía —de duración anual— se hacía cargo del culto a una imagen novohispana del santo patrón del barrio, pintada al óleo sobre lienzo, a la cual se le atribuían características milagrosas. La imagen, conocida con el apelativo de *Nachito* o *Nacho Grande*, era custodiada y venerada en casa del mayordomo en turno. Aunque la mayordomía era un cargo individual, las decisiones de solicitarla

y de aceptar los compromisos y gastos que implicaba asumir el cargo eran tomadas por la familia —tanto la nuclear como la extensa— del mayordomo, ya que ésta, así como sus amigos y vecinos, se veían involucrados por sus relaciones de parentesco, compadrazgo, vecindad o amistad.

Había otra imagen más pequeña, *Nacho Chico*, que era una reducción fotográfica de la original, la cual también era objeto de una mayordomía instituida hacía más de 30 años para organizar la participación de los niños en el culto al santo patrón. La imagen se asignaba a un “mayordomo niño”, aunque en realidad el compromiso recaía en su familia.

El culto a san Ignacio tenía su momento culminante durante la celebración de su fiesta anual, en junio, preparada con anticipación por la mesa directiva mediante la división del barrio en calles para levantar las colectas respectivas, además de las cuales cada calle hacía aportaciones diversas, como los fuegos artificiales sufragados por la calle Victoria o la comida preparada por la calle San Antonio, la cual se ofrecía año tras año a un grupo visitante del pueblo de San Andrés Acopilco. Comisiones de “juventud” de cada calle —nombradas por la mesa— organizaban una kermés y otras actividades no religiosas y obsequiaban regalos a la capilla, como ornamentos u otros presentes, todo esto con independencia de los gastos realizados por el mayordomo y su familia, como el pago de una misa patronal, una banda de música, una comida, etcétera.

Las festividades se iniciaban con un novenario, y en la víspera se emprendía una procesión. El día de la fiesta se programaba el canto de *Las mañanitas* al santo patrón, después de colocar una portada floral en la fachada de la capilla, elaborada por los mismos habitantes, y de quemar ruidosos cohetes, pese a la prohibición de las autoridades, siempre impotentes para evitarlo. En efecto, la organización comunitaria enfrentaba en forma constante la oposición a sus celebraciones tradicionales tanto de las autoridades civiles como de las eclesiásticas.

Hay que recordar que entonces la autoridad civil era nombrada por el Departamento del Distrito Federal, un órgano del gobierno federal que ejercía el gobierno de esta entidad. El derecho de votar al entonces delegado, máxima autoridad de la alcaldía iztapalapense, les había sido negada a los habitantes desde varias décadas atrás, de manera que Iztapalapa vivía bajo las órdenes de autoridades impuestas desde afuera, las cuales ni siquiera eran nativas del pueblo.

Con posterioridad a la colocación de la portada floral, una danza azteca hacía acto de presencia; se oficiaba la misa patronal y se realizaban bodas y primeras comuniones. Por la tarde se llevaba a cabo una kermés, se lanzaban fuegos artificiales y se quemaba un castillo. Asistían a la fiesta representaciones de los pueblos de Acopilco y San Lorenzo Copilco, así como del barrio de Santa Bárbara y quizá de San Lucas, con quienes se intercambiaban regalos u ofrendas para sus respectivas capillas durante las correspondientes fiestas patronales.

Finalmente, cabe mencionar otras manifestaciones religiosas del barrio, como la organización de sus “posadas” navideñas, el levantamiento de efímeras “posas” o altares sobre montículos de piedra dedicados a la Virgen de Guadalupe cada 12 de diciembre, y las mayordomías del Señor de la Cueva y de la Virgen de Guadalupe.

Las sociedades floristas

Cada año el pueblo de Iztapalapa organizaba una peregrinación a la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, la cual se caracterizaba por la preparación de dos grandes “portadas” florales que se llevaban a instalar allí como ofrenda del pueblo. Esta tradición se practicaba desde hacía mucho tiempo, aunque antes de la década de 1970 no sólo eran confeccionadas con flores, pues en su elaboración también se utilizaban verduras y amapolas y se conducían en lancha desde Iztapalapa hasta la garita de Jamaica, donde continuaban por tierra firme.¹⁰

Estas portadas eran realizadas por los propios iztapalapenses gracias a la existencia de dos “sociedades floreras”, las cuales eran una suerte de hermandades o agrupaciones de “floreros” o floristas con fines religiosos. Al parecer existían otras sociedades de floristas, aunque formadas con un fin específicamente comercial. Estas sociedades recordaban la importancia de la agricultura en el pasado, la cual daba pie a ese tipo de instituciones, las cuales persistían entonces pese a la declinación de la actividad económica que las justificaba y no obstante que ya no contaban en la localidad con la materia prima, verduras ni flores, que era preciso traer cada vez desde más lejos.

Cada una de las dos sociedades representaba a uno de los dos medios pueblos de Iztapalapa. Correspondía a Atlalilco la preparación e instalación de la portada que colocaban en el exterior de la basílica, en tanto que a Izomulco le correspondía el privilegio de poner la del interior, quizá debido a su peso superior en la organización interna del pueblo, ya que agrupaba a un número mayor de barrios. Según referían miembros de esa sociedad, sólo a Iztapalapa se le había concedido el privilegio de colocar una portada en el interior de la basílica, pues la igualmente famosa que ofrendaba Xochimilco siempre se colocaba en el exterior.

La Sociedad Florera de los Barrios de San Ignacio, Santa Bárbara y San Lucas agrupaba a unos 560 expertos en la confección de portadas florales. Éstas eran unos bastidores de madera en forma de arcos que se enfloraban para colocarlos en la entrada principal de una iglesia, aunque todavía en la década de 1950 y parte de la de 1960 arcos más modestos aún eran requeridos para la fachada de casas donde se celebraba la comida por la celebración de un matrimonio, como se veía en los barrios de la villa de Coyoacán.

Quienes formaban esa sociedad, procedentes del medio pueblo de Atlalilco, se dividían los cargos o puestos directivos, uno por barrio. Ellos elaboraban la portada floral que se colocaba anualmente en la capilla de San Lucas y, luego, en el santuario del Señor de la Cueva durante sus respectivas festividades, así como la que más tarde colocaban en la fachada de la basílica guadalupana durante la peregrinación anual del pueblo a ese santuario. La fracción de vecinos representantes del barrio San Ignacio en esta sociedad elaboraba asimismo una portada más modesta para colocarla en la capilla de San Ignacio durante sus fiestas patronales.

10. En este apartado se aprovecharon breves datos manuscritos recogidos por Cortés Ruiz (1972).

El otro grupo era la Sociedad de Floreros de la Villa de Guadalupe, la cual estaba a cargo de una mayordomía anual “de la Virgen”. Esta sociedad era encabezada y dirigida por sus “encargados” y “comisionados”, ayudados por un secretario y un tesorero. Sus miembros, varones en exclusiva, representaban a los barrios de San Pablo, La Asunción, San José, San Pedro y San Miguel. También disponían de “colectores” en cada barrio, encargados de recoger —con la ayuda de los jóvenes— las cooperaciones para sufragar los gastos de la sociedad y sus propias fiestas cada 8 de septiembre y 12 de diciembre.

Al preguntarles si admitían a mujeres, los informantes se indignaron —como si lo consideraran inmoral—, pese a su evidente importancia en el cumplimiento de las obligaciones impuestas con los cargos, aunque ellas sólo participaran como parte de la familia de los mayordomos. Lo mismo sucedía en el resto de la organización e instituciones del pueblo; por ejemplo, se carecía de noticia alguna de que alguna vez hubiera habido mayordomas, como sucedía en otras partes del país; en cambio, las mujeres sí participaban como ayudantes o en comisiones de “juventud”.

Los “encargados” de la sociedad que ocupaban los puestos jerárquicos más altos eran maestros floricultores de entre 60 y 70 años o más, y sólo con estudios parciales o totales de primaria, dedicados a la agricultura, la albañilería o la jardinería, como empleados federales en jardines públicos. Ellos fueron “comisionados” o mayordomos antes de ocupar su puesto, condición sin la cual no podrían haber sido elegidos por los antiguos encargados. La edad de estos comisionados marcaba su posición jerárquica, de manera que el primer encargado era el de edad más avanzada, a pesar de hallarse incapacitado para trabajar en la florería. La duración del cargo no tenía un tiempo límite y más bien parecía ser vitalicia. Un registro en un libro daba razón y cuenta de todos los encargados y mayordomos “que habían funcionado” desde 1915, aproximadamente. Ellos eran quienes recibían las solicitudes de “función de la Virgen”, es decir, las peticiones para ejercer como mayordomo, o bien buscaban candidatos para pedirles que aceptaran el cargo, como en efecto a veces ocurría.

Entre 1971 y 1972 “la función” la tenía un exagricultor y entonces obrero de la Cervecería Modelo con tercer año de primaria y 51 años de edad, quien tenía a su cuidado una imagen de la Guadalupeana en su casa. Él aceptó tomar la función por devoción a esta imagen —tras solicitárselo los encargados y consultarlo con su familia—, amén de una manda que estaba pagando para agradecer los buenos resultados de una operación quirúrgica a su esposa. Sus gastos eran grandes: pago de flores, ceras, cerveza, bultos de caña, jícamas, naranjas, cacahuates, licor, música, cohetes y demás. El respeto y la obediencia que él les guardaba a los “señores” encargados de la sociedad eran evidentes.

Por su parte, el secretario se ocupaba de llevar tres libros de cuentas, uno por cada una de las tres imágenes de la Virgen veneradas por la sociedad. Éstas eran llevadas en andas cada 12 de diciembre —fiesta de la Virgen de Guadalupe— al santuario del Señor de la Cuevita: “Van a misa”, se decía. Las imágenes también eran llevadas en andas el 8 de septiembre —fiesta de la natividad de María— y el día de la peregrinación a la basílica de Guadalupe. Todas eran de igual tamaño, pero una era llamada *La Grande* por ser la más venerada, o *La Peregrina*, por ser la que se llevaba a la villa de Guadalupe durante la peregrinación. A las otras dos se les consideraba “las chicas”. Las tres se

depositaban en casa de sus respectivos mayordomos y cada una tenía su fiesta particular en las fechas mencionadas.

Según declararon, el costo total de la portada floral y los gastos de la peregrinación ascendía a unos 12 000 pesos de entonces. Exacta o no, esta cifra muestra la magnitud de la erogación ejercida cuando el salario mínimo era de 32 pesos diarios. La suma total de gastos ceremoniales invertidos anualmente por el pueblo en conjunto, según se entrevé con lo escrito hasta aquí, asombraría a cualquiera que le resultara difícil explicarse cómo una comunidad —entonces en proceso de urbanización— podía destinar tal magnitud de recursos a los gastos de las festividades religiosas y otros actos de culto, así como para el mantenimiento de sus instituciones religiosas tradicionales.



Predio de trabajo de los maestros floreros en el barrio de San Ignacio. **Fotografía** © CGM (ca. 1972).



Detalle del trabajo para elaborar la estructura de una portada floral. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Armado de la estructura de la portada floral. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Preparando las flores para el enflorado de la portada. **Fotografía** © CGM (ca. 1972).



Enflorado de la portada. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Niño participando en el enflorado de la portada. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Otra vista del enflorado de la portada. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Aspecto del adorno central y un panel lateral terminados. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Apariencia de medio arco ya terminado y listo para ensamblarse. **Fotografía** © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).



Apariencia final de una portada floral ya ensamblada e instalada en la fachada de una capilla.
Fotografía © Patricia Peña Haaz (ca. 1972).

Epílogo

Notablemente, el pueblo de Iztapalapa tenía la determinación de continuar llevando a cabo su ciclo anual de festividades religiosas. Un vecino de San Ignacio declaró: “Aquí siempre estamos de fiesta; pretexto nos falta”, y agregó que en Iztapalapa “con la raza no se puede”, pues se continuaba quemando cohetería pese a la prohibición oficial y al encarcelamiento de quienes eran sorprendidos infringiendo el reglamento, simplemente por la satisfacción de “quemar dinero, por gusto nada más”.

De alguna manera, en el pueblo era posible la existencia de una conciencia —aunque fuera vaga— de la cohesión social resultante de su organización tradicional, fuertemente reforzada con la celebración de su ciclo de festividades. Este ciclo reunía, organizaba y hacía participar a las familias de los barrios en tareas comunes, incluso a pesar de rencillas internas, como bien dijo otro iztapalapense: “En las buenas y en las malas, en el gusto y en la tristeza, estamos unidos”.

Si bien la pugna entre lo moderno y lo tradicional o entre las comunidades rurales y las ciudades puede verse tan sólo como la simple obstinación de la sociedad de origen campesino por hacer persistir una forma de vida y de la urbana por hacerla desaparecer, la resistencia social y cultural de poblados originales con herencia mesoamericana y herederos de sus extintas repúblicas de naturales y sus tierras comunales es de llamar la atención. Estas comunidades requieren autodeterminación y el derecho a participar e influir en la toma de decisiones que afectan su existencia, a modo de evitar la imposición de relaciones sociales desiguales en sus asentamientos de la cuenca de México.

Bibliografía

Este escrito contiene, fundamentalmente, los informes recogidos entre autoridades tradicionales y habitantes del pueblo de Iztapalapa. Es difícil citar a todos, pero debemos mencionar al menos a algunos de ellos. Del barrio de San Ignacio, a Amado Peralta, presidente de la capilla; a don Eulogio Castillo, maestro floricultor; a José Guillén González, presidente de la Sociedad Florera y demás miembros de la misma; a Ismael Granados Santillán y Federico Guillén, mayordomos, y a Isabel Vázquez González, Porfirio González Miranda, señora Nieves González Cedillo y demás vecinos de la calle y callejones de Pachicalco. De la Sociedad de Floristas de la Villa de Guadalupe, a don Higinio Campos, don Agustín Guzmán y demás “señores” de la misma, así como a Higinio Hernández, mayordomo de la Virgen. Del barrio de San Pablo, al señor Juan Peralta Aguilar, diseñador florista. Del barrio de San Lucas, a Pedro Dirbas Reyes, representante; a Martín Hernández Granados y las demás autoridades y vecinos. Y del barrio de San Pedro, a Lino Ramírez, presidente de la Mesa Directiva y los demás miembros de la misma. La bibliografía y los manuscritos consultados se enlistan a continuación con la advertencia de que algunas fichas sólo lograron reconstruirse en parte, por lo que aparecen incompletas.

Aceves García, Mauricio (1966). “Regiones agrícolas del Distrito Federal”. *Simposio sobre el valle y la Ciudad de México* (pp. 137-154). México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, vol. IV.

- Aguilar, Íñigo (s.f). "Las mayordomías en el pueblo de Los Reyes Quihuac" [manuscrito inédito]. México: ENAH.
- Anónimo (1964). "Un drama bíblico revivido en Iztapalapa". México. *Revista Nacional de Turismo*, año II, 9, p. 64-p. 66.
- Arzobispado de México (1969). *Arzobispado de México*. México.
- Bataillon, Claude et al. (1968). *Las zonas suburbanas de México* [Mauricio Aceves García et al., dir., colab.]. México: Instituto de Geografía-UNAM.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1973). *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*. México: Sección de Antropología-IIH-UNAM [Antropológica, 15].
- Cortés Ruiz, Efraín (1972). "La peregrinación de Iztapalapa a la Basílica de Guadalupe" [manuscrito inédito]. México: INAH.
- Domínguez Assiayn, Salvador (1946). "Iztapalapa". En Roberto Olavarría (ed.). *México en el tiempo. El marco de la capital* (pp. 108-113). México: Talleres de Excélsior.
- Eckstein Raber, Salomón (1974). *Planeación económica y agricultura. Investigación de campo realizada en Iztapalapa, D.F.* (Tesis). Escuela Nacional de Economía-UNAM/Imp. Moderna, México.
- García Mora, Carlos (1974). "Iztapalapa, tradicionalismo y modernización". *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 2, 11, marzo-abril, p. 11-p. 27.
- ____ (2003). "Visita de un aprendiz a los maestros floreros de Iztapalapa (testimonio de una experiencia antropológica)". *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, nueva época, 10 (28), mayo-agosto, p. 55-p. 83.
- Corbea Soto, Alfonso (1962). *Tlacoquemécatl. Una villa condenada a muerte*. Xalapa: Facultad de Filosofía y Letras-UV [Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 11].
- Herman, William S. (1972). *The Virgin of Guadalupe, as She Lives in the Town of Culhuacán* (manuscrito inédito).
- Murherjee, Prodyot C. (1996). "Introducción". En *Movimientos agrarios y cambio social en Asia y África* (pp. 1-22). México: Centro de Estudios Orientales-El Colegio de México (Ensayos, 3).
- Nolasco Armas, Margarita (1969). "Ixtacalco-Iztapalapa y Coatzacoalcos, dos casos de urbanización desviada y ruralización del proceso de urbanización". Trabajo presentado en la 28ª Reunión Anual de The Society for Applied Anthropology, México.
- ____ (1973). "Departamento de Etnología y Antropología Social". *Boletín DEAS*, 1, febrero.
- Ochoa Zazueta, Jesús Ángel (1972). *Mizquic: análisis histórico comparativo de la concreción religiosa en una comunidad del Distrito Federal* [2 tomos] (Tesis). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Peña y Peña, Álvaro (1971). *Monografía del Distrito Federal*. México: B. Costa Amic.
- Ramírez Méndez (1972). "Construirán un gran centro de abastecimiento en Iztapalapa". *El Heraldo de México*, año VII, 2 463, 11 de septiembre, p. 2a.
- Rojas Rabiela, Teresa (1974). "Aspectos tecnológicos de las obras hidráulicas coloniales". En *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el valle de México* (pp. 19-133). México: Centro de Investigaciones Superiores-INAH.
- Sáenz, Aarón (1933). *Informe presidencial y memoria del Departamento del Distrito Federal*. México: Departamento del Distrito Federal.
- Zantwijk, Rudolf Alexander Marius van (1960). *Los indígenas de Milpa Alta, herederos de los aztecas*. Ámsterdam: Instituto Real de los Trópicos (Sección de Antropología Cultural y Física, 64).